

CAMBIAR EL MUNDO

Aún quedan unos cuantos locos que comprometen toda su vida por cambiar el mundo. No se limitan a protestar, como suele hacer la mayoría. Vemos en las calles muchos indignados, pero son pocas las personas que deciden con firmeza jugarse la vida por cambiar las cosas y hacer un mundo más justo. La mayoría preferimos “ver los toros desde la barrera”, criticar y protestar, pero sin ensuciarnos las manos.

En cambio, hay personas que han decidido jugárselo todo: abandonan las comodidades del mundo occidental y las seguridades que ofrecen las sociedades opulentas para lanzarse a la aventura de cambiar el mundo. Nuestros misioneros y misioneras han apostado toda su vida por poner un poco de luz y de esperanza en la de los demás. Movidos por una fe firme, han abandonado la tranquilidad de sus hogares para lanzarse a la aventura de la solidaridad. Y allá, en los pequeños lugares del mundo a donde están presentes, la semilla del Evangelio es sembrada y crece la fraternidad entre los hombres. Ellos son germen de un mundo nuevo, de un mundo más solidario y fraterno.

Por eso, nos sentimos orgullosos de ellos y, al mismo tiempo, comprometidos en apoyar su labor. La reconocemos con gratitud, porque han tenido el valor de no conformarse con dejarlo todo como está. Y les damos nuestro apoyo, en primer lugar, colaborando con el sostenimiento de sus proyectos solidarios, que van desde la construcción de una iglesia a la de un hospital o una posta médica, una escuela, un asilo, un centro de acogida y tantas otras obras sociales que llevan a cabo. Y les apoyamos también orando por ellos. Los creyentes sabemos muy bien que la oración resulta imprescindible para toda acción y, especialmente, para la acción misionera.

Estos “locos” que no han perdido la ilusión de transformar el mundo suponen también una llamada de atención muy fuerte a nuestra conciencia, para que venzamos la indiferencia y comodidad que nos domina y seamos sensibles a la necesidad de cambiar las cosas. Somos discípulos de un Maestro que soñó con un mundo en el que se amaran incluso los enemigos, en el que los pobres ocuparan los primeros puestos y en el que las prostitutas fueran más importantes que la gente bien considerada socialmente. ¿Nos atreveremos a vivir esa locura? ¿tendremos el coraje de cambiar el mundo?

Francesc Conesa Ferrer, bisbe de Menorca